

ya bastante noche para que Gilberto pudiese reconocer á Beausire, y la ausencia del plumero excitó su curiosidad hasta tal punto que dejó á Nicole volver á su cuarto, y siguió al hombre de la cita hasta la verja de Trianón.

No era el señor Beausire, sino un hombre de cierta edad ó más bien de edad avanzada, de unas trazas de gran señor y andar vivaracho á pesar de sus años. Acercándose Gilberto, que pasó con impudente audacia casi rozando las narices de aquel personaje, reconoció al señor de Richelieu.

— ¡ Fuego ! exclamó. ; Después del exento el mariscal de Francia ! la señorita Nicole asciende en sus grados.

## XXI

## Los parlamentos

Mientras que todas estas intrigas subalternas, urdidas y realizadas bajo los tilos entre las flores de Trianón, componían una existencia bastante animada á los reptiles de aquel pequeño mundo, las intrigas de la ciudad, borrascas amenazadoras, abrían sus vastas alas por encima de Themis, como lo escribía mitológicamente Juan Dubarry á su hermana.

Los parlamentos, resto degenerado de la antigua oposición francesa, habían vuelto á tomar aliento bajo la caprichosa mano de Luis XV ; pero después, su protector el señor de Choiseul había caído en desgracia, y sentían que se acercaba á ellos el peligro y trataban de conjurarlo con medidas tan enérgicas como lo permitían las circunstancias.

Toda grande conmoción general suele principiar por una cuestión personal, así como las grandes batallas de cuerpos armados principian por encuentros de tiradores aislados.

Desde que el señor de La Chalotais, batiéndose cuerpo á cuerpo con el señor de Aiguillon, había personificado la lucha del estado llano contra los señores feudales, el espíritu público estaba fijo en esta lucha y no permitía que se sacase la cuestión á otro terreno.

El rey, á quien el parlamento de Bretaña y la Francia entera habían dirigido un diluvio de representa-

ciones más ó menos sumisas y filiales, acababa de dar razón, gracias á madama Dubarry, á la feudalidad contra el estado llano, nombrando al señor de Aiguillón comandante de su caballería ligera.

Juan Dubarry lo había formulado con exactitud : era un rudo bofetón aplicado á la mejilla de los amados y fieles consejeros que formaban los parlamentos.

¿Cómo sería soportado aquel bofetón? He ahí la cuestión que la corte y la ciudad se proponían todas las mañanas al salir el sol.

Los miembros de un Parlamento son hombres hábiles, y ven claro allí mismo donde otros muchos andan á tientas.

Comenzaron, pues, por concertarse entre sí sobre la aplicación y el resultado del bofetón, luego, decidido que fué que el bofetón había sido dado y recibido, adoptaron la determinación siguiente :

*El tribunal del parlamento deliberará sobre la conducta del ex-gobernador de Bretaña, y dará su dictamen.*

Pero el rev paró el golpe intimando á los pares y á los príncipes la prohibición de asistir al tribunal para deliberar sobre ningún punto relativo al señor de Aiguillón; orden que fué obedecida.

En vista de esto, el parlamento resolvió hacer el trabajo por sí mismo; dió una sentencia en que, declarando que el duque de Aiguillón se hallaba gravemente inculpada y acusado de sospecha, aun de hechos que manchaban su honor, se declaraba á éste suspenso de sus funciones de tal hasta que, por una sentencia pronunciada por el tribunal de los pares, según las formas y con las solemnidades prescritas por las leyes y ordenanzas del reino, á que nada podía suplir, se hubiese purgado de las acusaciones y sospechas que manchaban su honor.

Pero semejante sentencia dada en el tribunal del parlamento ante los interesados é inscrita en los registros no servía de nada; necesitaba la publicidad, la notoriedad pública; necesitaba ese escándalo que una canción no teme nunca sublevar en Francia, circunstancia que hace á la canción soberana, dominadora de los acontecimientos y de los hombres. Era preciso elevar esa sentencia del parlamento á la potencia de la canción.

París no deseaba otra cosa que interesarse en el escándalo, pues poco dispuesto en favor de la corte, ni del parlamento, y en perpetua ebullición, aguardaba algún objeto digno de risa como transición de todos aquellos objetos de lágrimas que hacía cien años le estaban suministrando.

Después de esto, como era de fórmula que el principal interesado fuese informado de lo que el tribunal había hecho de él, los mismos comisarios pasaron al hotel del duque de Aiguillón, que acababa de llegar á París para una cita muy urgente.

Esta cita tenía por objeto una explicación clara y franca entre el duque y su tío el mariscal.

Gracias á Rafté, todo Versalles había sabido en una hora la noble resistencia del viejo duque á las órdenes del rey relativas á la cartera del duque de Choiseul, y gracias á Versalles, todo París y toda la Francia habían sabido la misma noticia; de modo que el señor de Richelieu se hallaba desde entonces en el pináculo de la popularidad, desde donde hacía muecas políticas á madama Dubarry y á su mismo amado sobrino.

El señor de Aiguillón, que era ya muy impopular, no se hallaba en buena posición. El mariscal, tan odiado del pueblo, pero temido, porque era la expresión viviente de la nobleza, tan respetado y tan respetable bajo Luis XV; el mariscal, tan voluble que

después de haberse adherido á un partido se le veía atacarlo sin miramiento alguno, cuando se lo permitían las circunstancias ó cuando podía decir alguna agudeza á sus expensas; Richelieu, decimos, era un enemigo terrible, tanto más cuanto que el lado peor de su enemistad era siempre el que reservaba para hacer lo que él llamaba sorpresas.

Desde su entrevista con madama Dubarry, el duque de Aiguillon tenía dos flacos en su coraza. Adivinando el rencor y los deseos de venganza que Richelieu ocultaba bajo la aparente igualdad de su humor, hizo lo que se hace en tiempo de borrascas: rompió la manga á cañonazos, bien persuadido de que sería menor el peligro si se arrostraba animosamente.

Se puso, pues, á buscar por todas partes á su tío para tener con él una explicación seria, pero nada era tan difícil desde que el mariscal había olfateado su deseo.

Principiaron las marchas y contramarchas, pero así que el mariscal avistaba de lejos á su sobrino, le enviaba una sonrisa y al punto se rodeaba de personas que hacían imposible toda explicación, desafiando de ese modo al enemigo como desde un fuerte impenetrable.

El duque de Aiguillon rompió la manga: se presentó pura y simplemente en casa de su tío en Versalles.

Pero Rafté, de centinela en su ventanita del hotel que daba al patio, reconoció las libreas del duque y corrió á avisar á su amo.

El duque entró hasta el dormitorio del mariscal, en donde halló á Rafté, quien con una sonrisa preñada de confidencias, cometió la indiscreción de contarle que su tío había pasado la noche fuera de casa.

El señor de Aiguillon se mordió los labios y se retiró discretamente.

Cuando volvió á casa escribió al mariscal pidiéndole una audiencia. El mariscal no podía menos de contestar, respondiendo no podía negar la audiencia, y concediendo la audiencia, ¿cómo rehusar una explicación? El señor de Aiguillon se parecía demasiado á esos espadachines corteses y afables, que ocultan sus malos designios bajo un agrado adorable, atraen á su adversario al terreno con mil reverencias, y luego le matan sin compasión.

El mariscal no tenía bastante amor propio para hacerse ilusiones, pues conocía la fuerza de su adversario, y que una vez en presencia suya le había de arrancar un perdón ó una concesión. Richelieu no perdonaba jamás, y en política las concesiones á un enemigo son siempre una falta mortal.

Por consiguiente, al recibo del billete del señor de Aiguillon, fingió haber dejado á Paris por algunos días.

Rafté, á quien consultó sobre este punto, le dió el consejo siguiente:

— Estamos en vía de arruinar al señor de Aiguillon. Nuestros amigos de los parlamentos nos hacen el caldo gordo. Si el señor de Aiguillon, que huele el pastel, puede atraparos antes de la explosión, os arrancará una promesa de servirle en caso de desgracia, porque vuestro resentimiento es de aquellos que no podéis anteponer á un interés de familia; si, al contrario, le desecháis, el señor de Aiguillon se va llamandoos su enemigo, atribuyéndoos el mal, y aliviado de él, como se alivia uno siempre que halla la causa de su mal, aunque éste no se haya curado.

— Tienes muchísima razón, replicó Richelieu; pero

no puedo ocultarme eternamente. ¿Cuántos días pasarán antes de la explosión?

— Seis, señor.

— ¿Estás bien seguro?

Rafté sacó de su bolsillo una carta de un consejero del parlamento, que contenía solamente estas dos líneas:

« Se ha decidido que se pronunciase la sentencia. Ésta se pronunciará el jueves, último plazo fijado por la compañía. »

— Entonces nada más sencillo, dijo el mariscal. Devuelve al duque su carta con un billete de tu mano concebido en estos términos:

« Señor duque,

» Habréis sabido la salida del señor mariscal para<sup>\*\*\*</sup>. Este cambio de aires se lo ha recetado el médico como indispensable á su salud que se halla algo quebrantada. Si, como creo por lo que me habéis hecho el honor de decirme el día pasado, deseáis hablar al señor mariscal, puedo aseguraros que el jueves por la noche estará de vuelta en su hotel de París<sup>\*\*\*</sup>, en donde por consiguiente lo hallaréis sin falta. »

— Y ahora, añadió el mariscal, ocúltame en alguna parte hasta el jueves.

Rafté siguió puntualmente estas instrucciones. Escribió el billete, lo envió á su destino y buscó el escondite para el mariscal, sólo que éste, que se fastidiaba mucho, salió una tarde para ir á Trianon á hablar á Nicole, porque creía no arriesgar nada con esta escapatoria, en atención á que sabía que el duque de Aiguillon estaba en el pabellón de Luciennes.

Resultó de esa maniobra que si el señor de Aiguillon sospechó alguna cosa, á lo menos no pudo prevenir el golpe que le amenazaba, por no poder encontrar la espada de su adversario.

El plazo hasta el jueves le dejó satisfecho. Cuando llegó ese día salió de Versalles con la esperanza de encontrar por último y de combatir á aquel implacable antagonista.

Como hemos dicho, era el día en que el parlamento acababa de expedir la orden para su arresto.

Una fermentación sorda aún, pero perfectamente inteligible para el parisiense que tan bien conoce el nivel de sus olas, reinaba en las grandes calles que atravesó la carroza del señor de Aiguillon; pero no se hizo alto en él, porque había tenido la precaución de viajar en un coche sin armas, con dos lacayos vestidos de paño pardo, y si bien vió por acá y acullá personas agitadas que se mostraban un papel, lo leían con muchas gesticulaciones y se arremolinaban en grupos como las hormigas al rededor de una partícula de azúcar caída al suelo, era el tiempo de las agitaciones inofensivas, y el pueblo formaba aquellos grupos á causa de una contribución sobre los granos, de un artículo de la Gaceta de Holanda, de una cuarteta de Voltaire, ó de una canción contra la Dubarry ó contra el señor de Maupeou.

El señor de Aiguillon se fué en derecha al hotel del señor de Richelieu, pero no halló más que á Rafté.

— El señor mariscal, dijo éste, debe llegar de un momento á otro; sin duda ha tenido que detenerse algún rato en las barreras.

El señor de Aiguillon dijo que aguardaría, aunque manifestando algún mal humor á Rafté, porque aquella excusa le parecía una nueva derrota.

Pero se incomodó mucho más cuando Rafté le res-

pondió, que el mariscal se enfadaría infinito, cuando entrase, porque hubiesen hecho aguardar al señor de Aiguillón; que, por otra parte, no debía dormir en París, como habían quedado convenidos; que sin duda no volvería solo del campo, y que no haría más que pasar por París recogiendo al paso las noticias que hubiese en su hotel, y que por consiguiente haría bien el señor de Aiguillón en volverse á su casa, á donde subiría el mariscal al paso.

— Escuchad, Rafté, dijo de Aiguillón, que se había puesto de muy mal humor durante esta réplica confusa; sois uña y carne de mi tío; respondedme como hombre honrado. Me andan engañando, ¿no es verdad? y el mariscal no quiere verme... No me interrumpáis, Rafté; muchas veces me habéis dado excelentes consejos, y yo he sido para vos un buen amigo, como lo seré aun. ¿Debo volverme á Versalles?

— Señor duque, os aseguro bajo mi palabra de honor que antes de una hora recibiréis en vuestra casa la visita del señor mariscal.

— Pero entonces es igual que yo le aguarde aquí, supuesto que ha de venir.

— He tenido el honor de deciros que quizás no vendrá solo.

— Comprendo..., y tengo vuestra palabra, Rafté.

Y diciendo esto, el duque salió muy pensativo, pero con un aire tan noble y complaciente como displicente estaba la cara del mariscal cuando salió de un gabinete, así que se retiró su sobrino.

El mariscal sonreía como uno de esos feos demonios que Callot ha sembrado en sus tentaciones.

— ¿No sospecha nada, Rafté? dijo.

— Nada, monseñor.

— ¿Qué hora es?

— La hora no viene al caso, monseñor; hay que

aguardar á que nuestro procurador del Chatelet venga á avisarme. Los comisarios están todavía en casa del impresor.

No había acabado Rafté, cuando un lacayo introdujo por una puerta secreta un personaje bastante grasiento, bastante feo y negro, una de aquellas plumas vivientes hacia las que protesaba madama Dubarry tan violenta antipatía.

Rafté empujó al mariscal hacia el gabinete, y se adelantó yendo al encuentro de aquel hombre.

— ¡Ah! sois vos, maese Flageot, dijo. ¡Cuánto celebro vuestra visita!

— Vuestro servidor, señor Rafté. Y bien, el negocio está concluido.

— ¿Está ya impreso?

— Y tirados cinco mil ejemplares. Los primeros circulan ya por la ciudad, los otros están secando.

— ¡Qué desgracia, querido maese Flageot! ¡qué desgracia para la familia del señor mariscal!

Maese Flageot, para dispensarse de responder, esto es, de mentir, sacó una ancha caja de plata, en la que tomó lentamente un polvo de tabaco de España.

— Y luego ¿qué se hace? continuó Rafté.

— Lo de fórmula, querido señor Rafté. Los señores comisarios, seguros de la tirada y de la distribución, subirán inmediatamente á su coche que les está aguardando á la puerta de la imprenta, é irán á notificar la sentencia al señor duque de Aiguillón, que justamente... ¡ved qué dicha, ó más bien qué desdicha, señor Rafté! se halla en su hotel de París, en donde podrán hablarle en persona.

Rafté hizo un brusco movimiento para alcanzar un enorme saco de legajos que entregó á maese Flageot, diciendo:

— He aquí los documentos de que os he hablado. El

señor mariscal tiene la mayor confianza en vuestras luces y os abandona este negocio que debe seros muy lucrativo. Gracias por vuestros buenos servicios en el deplorable conflicto del señor Aiguillón con el omnipotente parlamento de París; gracias por vuestros buenos consejos.

Y empujó nuevamente, pero con cierta prisa, hacia la puerta de la antesala á maese Flageot, que salió encantado con el peso de aquellos legajos.

Así que salió, corrió Rasté á poner en libertad al mariscal.

— ¡Vamos, señor! le dijo. ¡Pronto, en coche! no tenéis que perder tiempo si queréis asistir á la representación. Haced que vuestros caballos corran más que los de los señores comisarios.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vol. 1625 MONTERREY, MEXICO

## XXII

En donde se demuestra que el camino del ministerio  
no está sembrado de rosas

Los caballos del señor de Richelien iban más ligeros que los de los señores comisarios, puesto que el mariscal entró el primero en el patio del hotel de Aiguillón.

El duque no esperaba ya á su tío, y se disponía á volver á Luciennes á fin de anunciar á madama Dubarry que el enemigo se había quitado la máscara; pero al anunciar el ujier al mariscal, salió de su entorpecimiento aquel espíritu desanimado.

El duque corrió á recibir á su tío y le tomó las manos con una afectación de ternura proporcionada al miedo que había tenido.

El mariscal se abandonó á su ternura como el duque, y presentaron un cuadro muy interesante. Sin embargo se veía al señor de Aiguillón acelerar el momento de las explicaciones, al paso que el mariscal las retardaba cuanto podía mirando un cuadro, un bronce, un tapiz, y quejándose de una fatiga mortal.

El duque cortó la retirada á su tío, lo encerró en una poltrona, como el señor de Villars había encerrado al príncipe Eugenio en Marchiennes, y para principiar el ataque le dijo:

— Tío mío, ¿es posible que vos, el hombre más sagaz de la Francia, me hayáis juzgado bastante mal

para creer que yo no había de trabajar por cuenta de los dos?

No había medio de recular: Richelieu tomó su partido.

— ¿Qué estás diciendo, replicó, y en qué ves que yo te haya juzgado bien ó mal?

— Tío mío, estáis enojado conmigo.

— ¡Yo! ¿y con qué motivo?

— ¡Oh! no andemos en subterfugios, señor mariscal. Cuando tengo necesidad de hablaros, me huís el cuerpo, y es cuanto hay que decir.

— Bajo mi palabra de honor que no comprendo una palabra.

— Entonces voy á explicarme claramente. El rey no ha querido nombraros ministro, y como yo acepté el mando de la caballería ligera, suponéis que os he abandonado y vendido... ¿Esa amable condesa que os tiene en el corazón!.....

Aquí Richelieu aplicó el oído, pero no lo aplicó solamente á las palabras de su sobrino.

— ¿Me dices que me tiene en su corazón esa amable condesa? repitió.

— Y lo probaré.

— Pero, querido mío, yo no te lo disputo... Te mando venir para dar conmigo á la rueda; eres más joven, por consiguiente más fuerte; tú obtienes buen éxito, yo naufrago; esto es muy natural, y no adivino á fe mía porqué formas todos esos escrúpulos. Si has obrado en favor de mis intereses, mereces cien veces mi aprobación; si has obrado contra mí, ya te volveré las tornas. ¿Acaso merece esto explicaciones?

— Tío mío, en verdad que.....

— Eres un niño, duque. Tu posición es magnífica; par de Francia, duque, comandante de la caballería ligera, ministro dentro de seis semanas... debes

hacerte superior á toda fútil mezquinería; el triunfo absuelve de todo, querido mío. Supón... (á mí me gustan mucho los apólogos), supón que seamos los dos machos de la fábula... Pero ¿qué ruido es ese que oigo?

— No es nada; continuad, tío mío.

— Sí es, oigo el ruido de un coche en el patio.

— Tío mío, os ruego que continuéis; vuestra conversación me interesa sobre todas las cosas. También á mí me gustan los apólogos.

— Y bien, querido mío, quería decirte que jamás hallarás en la prosperidad quien te vitupere ni tendrás que temer el despecho de los envidiosos; pero si cojeas, si tropiezas y caes... entonces ¡cuidado! en ese momento te atacará el lobo... Pero, bien te lo decía yo, siento ruido en tu antesala; sin duda vienen á traerte la cartera.

El ujier entró, y dijo con inquietud:

— Los señores comisarios del parlamento.

— ¡Calla! exclamó Richelieu.

— ¿Comisarios del parlamento en mi casa?... ¿Qué es lo que me quieren? preguntó el duque, poco tranquilizado por la sonrisa de su tío.

— ¡En nombre del rey! articuló una voz sonora al extremo de la antesala.

— ¡Oh, oh! exclamó Richelieu.

El señor de Aiguillón se levantó muy pálido y se adelantó al umbral del salón á recibir á los dos comisarios, tras de los cuales aparecían dos alguaciles impasivos, y luego una legión de pajes espantados.

— ¿Qué se ofrece? preguntó el duque con voz conmovida.

— ¿Es al señor duque de Aiguillón á quien tenemos el honor de hablar? dijo uno de los comisarios.

— Él mismo, sí, señores.

Al punto el comisario, saludando profundamente, sacó de su cinturón un auto en debida forma del cual dió lectura en voz alta é inteligible.

Era la sentencia circunstanciada y completa que declaraba al duque de Aiguillón gravemente inculgado y acusado de sospechas, y aun de hechos que manchaban su honor, y le suspendía de sus funciones de par del reino.

El duque oyó la lectura como un hombre herido por el rayo oye el trueno. Quedó inmóvil como una estatua sobre su pedestal, y ni siquiera alargó la mano para tomar la copia de la sentencia que le entregaba el comisario del parlamento, de manera que fué el mariscal quien, también en pie, pero alerta y avisado, tomó el papel, lo leyó y despidió á los señores comisarios.

Éstos estaban ya lejos, y aun permanecía el duque de Aiguillón en el mismo estupor.

— ¡ He aquí un golpe cruel ! dijo Richelieu. Ya no eres par de Francia ; esto es humillante.

El duque se volvió entonces hacia su tío, cual si en aquel momento hubiese recobrado la vida y la facultad de pensar.

— ¿ Tú no esperabas esto ? preguntó Richelieu en el mismo tono.

— ¿ Y vos, tío mío ? replicó de Aiguillón.

— ¿ Cómo quieres que fuese uno á sospechar que el parlamento había de atreverse á dar un golpe tan rudo al favorito del rey y de la favorita ?... Esas gentes van á ser pulverizadas.

El duque se sentó con la mano sobre su abrasada cara.

— Lo peor es, continuó el viejo mariscal hundiendo el puñal en la llaga, que si el parlamento te degrada de la dignidad de par por el nombramiento de coman-

dante de caballería ligera, expedirá un decreto de prisión contra tí, y te condenará á ser quemado el día en que te nombren ministro. Esos hombres te detestan, de Aiguillón, desconfía de ellos.

El duque sostuvo esta horrible rechifla con una constancia de héroe; su desgracia le elevaba y purificaba su alma.

Richelieu veía que aquella constancia era insensibilidad, quizás ininteligencia, y que las picaduras no habían sido bastante profundas.

— No siendo ya par, dijo, estarás menos expuesto al odio de esos golillas... refúgiate por algunos años en la oscuridad. Por otra parte, ya ves que la oscuridad, tu salvaguardia, va á venirte sin que tú quieras; pues decaído de las funciones de par, llegarás más difícilmente al ministerio, y esto te sacará del apuro; mientras que si te empeñas en luchar, amigo mío, tienes en tu favor á madama Dubarry, que te tiene en su corazón y es un apoyo sólido.

El señor de Aiguillón se levantó, sin dirigir siquiera una mirada de enojo al mariscal por todos los dolores que acababa de hacerle sufrir.

— Tenéis razón, tío mío, respondió tranquilamente, y se echa de ver vuestra prudencia en este último consejo. La condesa Dubarry, á quien habéis tenido la bondad de presentarme, y á quien habéis dicho de mi tanto bien y con tanta vehemencia, que todo Luciennes puede atestiguarlo, me defenderá. Gracias á Dios, me ama y es animosa, y domina el espíritu de S. M. ¡ Gracias, tío mío, por vuestro consejo ! Me acojo á él, como á una tabla de salvación. ¡ Mis caballos ! ¡ Burguignon, á Luciennes !

El mariscal se quedó en medio de una sonrisa.

El señor de Aiguillón saludó respetuosamente á su tío, y salió del salón dejando al mariscal muy alar-

mado y confuso del encarnizamiento con que había tratado de morder aquella carne noble y viva.

El viejo mariscal se consoló algún tanto con el loco gozo de los parisienses, cuando éstos leyeron por la noche los diez mil ejemplares de la sentencia del parlamento que todos se arrancaban de las manos; pero no pudo menos de suspirar cuando Rafté le pidió cuenta de su entrevista.

Richelieu, sin embargo, se la refirió sin callar ningún detalle.

— ¿Conque se ha parado el golpe? preguntó el secretario.

— Sí y no, Rafté; pero la herida no es mortal, y tenemos en Trianón alguna cosa mejor, que yo me vitupero no haber cuidado únicamente. Hemos corrido dos liebres, Rafté... y hemos hecho una grande locura.

— ¿Por qué, si se coge la buena? replicó Rafté.

— Querido, acuérdate de que la buena es siempre la que no se ha cogido, y que por ésta daría uno la otra; es decir, la que ha cogido.

A pesar de que el señor de Richelieu tenía razón, Rafté se encogió de hombros.

— ¿Creéis que el señor de Aiguillón saldrá de esta? dijo.

— ¿Crees tú que el rey saldrá de esta, bobo?

— ¡Oh! el rey escapa por donde quiere; pero no se trata del rey, que yo sepa.

— Por donde se escape el rey se escapará la Dubarry, teniéndole como te tiene tan cogido; y por donde se escape la Dubarry se escapará también de Aiguillón; porque... pero tú no entiendes de política, Rafté.

— Monseñor, no piensa así maese Flageot.

— ¡Bueno! ¿y qué es lo que dice ese maese Flageot? Pero antes sepamos quién es.

— Es un procurador.

— ¿Y qué más?

— Nada, sino que maese Flageot sostiene que el rey no saldrá de esta.

— ¡Oh! oh! ¿Quién será el que ponga obstáculos al león?

— ¿Quién ha de ser, señor? ¡El ratón!...

— Es decir, ¿maese Flageot?

— Él afirma que sí.

— ¿Y tú lo crees?

— Yo creo siempre á un procurador que promete hacer daño.

— Ya veremos los medios de que se vale.

— Eso es lo que yo digo, monseñor.

— Ven pues á cenar, que quiero acostarme... Estoy atontado al ver que mi pobre sobrino no es ya par de Francia ni será ministro. Ó es uno tío, ó no lo es, Rafté.

El señor de Richelieu exhaló un suspiro, y en seguida se puso á reír.

— Sin embargo, le replicó Rafté, tenéis lo que se necesita para ser ministro.